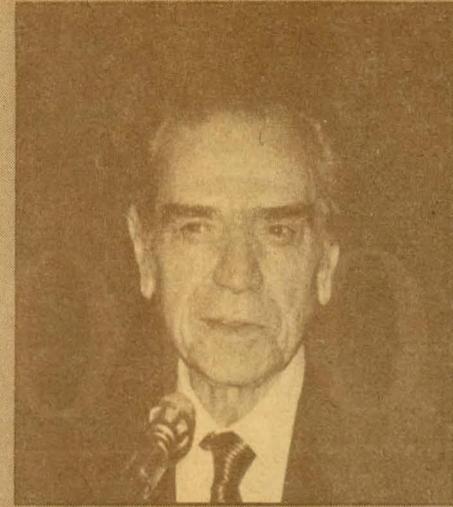
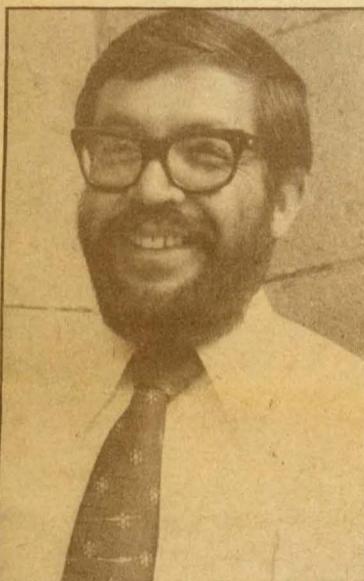


MARTINEZ DE LA VEGA,

El Paciente



POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Es la medianoche del domingo 17 de febrero cuando escribo este artículo, que entrego tardísimo abusando de la generosidad de don José Pagés Llergo, que lo quería tener mucho antes, para que el trabajo de edición de *Siempre!* no se entorpezca. He recibido, hace unos minutos, la noticia de que don Francisco Martínez de la Vega ha entrado en el quirófano del sanatorio Durango, para una intervención de emergencia. Sufrió otra hace dos días, pero ha sido menester operarlo de nuevo, porque su fatigado organismo no ha reaccionado bien.

Se comprende que así sea. Don Paco es, quizás, el paciente más asiduo de ese centro hospitalario, en que un grupo de médicos militares lo atiende desde hace diez casi diez años, de modo cada vez más frecuente por desgracia, y con maestría mezclada con

interés personal y calor humano. La intervención que se realiza a estas horas, primeras del lunes 18 de febrero, es tal vez la número veintitrés o veinticuatro que don Francisco ha padecido.

Hace treinta y siete años que sufrió la primera. Don Paco se encontraba en ese momento en la segunda breve interrupción de su carrera periodística. Esta se había iniciado en 1930. Doce años duró la primera etapa, en *El Nacional*. Allí don Paco había pasado de ser ayudante de la redacción a reportero de deportes en los primeros meses. Su tarea lo obligaba a quedarse hasta muy tarde en la redacción, de modo que se convirtió poco a poco, y de modo insensible, en reportero de guardia, dispuesto a cubrir cualquier emergencia, y luego en editor, por lo que andando el tiempo fue secretario y jefe de redacción. Ya lo era cuando un paisano famoso, Gonzalo N. Santos, fue elegido gobernador de San Luis Potosí —donde don Paco había nacido el 26 de agosto de 1909— y tomó posesión en septiembre de 1943. Santos, que iniciaba su cacicazgo en la región (luego de que había perdido su feudo allí mismo el general Cedillo) se mostró inteligente e invitó a su joven paisano a que fuese su secretario particular. Así volvió don Paco a su tierra natal, en esta primera interrupción de su carrera periodística. Poco duró la experiencia. Un día, delante de otras personas, hizo un reproche indirecto a Martínez de la Vega, ante una gestión cuyo resultado le era insatisfactorio: "Me equivoqué de secretario...", espetó. "Y yo de gobernador", respondió directo, inmediato, don Francisco que de ese modo expedito presentó su renuncia al primer cargo público que desempeñaría. Y volvió a *El Nacional*.

No estaría allí mucho tiempo. Un antiguo redactor del diario, el dentista campechano Héctor Pérez Martínez, fue nombrado secretario de Gobernación por el presidente Alemán, pero murió el 13 de febrero de 1948. Había podido designar director de *El Nacional* a Fernando Benítez quien poco después de la muerte de su amigo sintió que la relación con el subsecretario que quedó encargado del despacho, y que se llamaba Ernesto P. Uruchurtu, era insostenible. Un día tuvieron un mal encuentro telefónico y su dimisión se precipitó. De modo que pocas horas después, cuando entregaba la dirección del periódico a Guillermo Ibarra, hizo las presentaciones del caso: "Aquí, Martínez de la Vega, que es el jefe de redacción", dijo refiriéndose a don Paco, con quien ni siquiera había podido comentar su propia renuncia. "Era", sentenció breve don Francisco, "porque yo me voy con Fernando". Y así se marchó del diario en que durante casi 18 años había aprendido el oficio.

27 de Febrero 85

Desempleado de esa manera, su amigo César Martino lo llamó desde Guadalajara, donde realizaba obras públicas por contrato. En esta segunda interrupción de su carrera, que es a la que hemos querido referirnos desde el principio, sufrió don Paco un gran infortunio físico: viajaba en un jeep que se salió de la carretera jalisciense en que transitaba, arrojó a sus pasajeros y finalmente cayó sobre don Paco. El brazo izquierdo quedó hecho una pulpa, inservible casi. Pero el doctor Rafael Moreno Valle (a quien con acierto llama "San Rafael" el profesor Carlos Hank González) se empeñó en restaurárselo. Y lo hizo entrar en el quirófano una y otra vez, hasta que se lo ligó al cuerpo. Era imposible que el brazo quedara bien. Fue un logro casi increíble, sin embargo, el que no hubieran debido amputarlo. Si el ánimo de menoscabar la diligente labor de arquitectura médica cumplida por Moreno Valle, hemos de decir que perder el brazo no hubiera sido una tragedia para don Paco, que hubiera encarado la carencia con el buen humor que todos quienes le conocen han disfrutado y que le lleva a decir, cuando se le pregunta si su brazo izquierdo está por completo inerte, que no, que le sirve para mover el espaciador en la máquina de escribir en la que trabaja.

La restauración del brazo, y posteriores complicaciones que acudían al maltrecho cuerpo de don Francisco de vez en cuando, obligaron a que las operaciones por ese concepto llegaran a doce. Muchas, demasiadas, diría uno; pero no todas las necesarias para templar en ese sentido el espíritu de Martínez de la Vega, tan hecho a las duras batallas de la prensa y la política. Cuando fue al henriquismo, es decir, a una campaña distinguida por su austereidad y su aspereza, don Paco andaba a veces, con el brazo enyesado, resultante de sus idas al sanatorio.

Vinieron después los años fecundos de la fundación de *Siempre!*, de la diputación y la gubernatura de San Luis, de la vuelta al periodismo; los días en que uno leía "En la esquina"; los años en que había que combatir, don Paco, en el doble frente de la tribuna periodística y la conversación privada, por la libertad de los presos políticos y por los derechos de los sindicalistas democráticos. Y vinieron, por desgracia, nuevas complicaciones de salud. La primera de las manifestaciones de una mala circulación sanguínea que denunciaba de ese modo la vehemencia cordial con que don Francisco se había entregado hasta entonces a la vida, tuvo lugar en España, en 1977.

Don Francisco se había rehusado a visitar la península como muchos republicanos nacidos allá, como republicano español nacido aquí que era él, hasta que muriera Franco. De modo que allá andaba, en compañía de ese hermano-hijo que es para él el generoso Alberto Peniche, cuando tuvo el primer percance, una trombosis en la pierna izquierda, que ha sido desde entonces la que mayores problemas le ha causado. A partir de ese momento, para restaurarle la fluidez de la corriente sanguínea, sus médicos lo han llevado al sanatorio una y otra vez, hasta romper el récord de las operaciones relacionadas con el brazo.

Ni eso ha podido arrancarle el buen humor a don Paco. Encontróse una vez con un personaje, de unos cuarenta años, que lo saludó con voz apagada, que era apenas un silbido. "¿Qué le pasa?", preguntó extrañado don Francisco. "Es que me acaban de colocar un marcapasos", explicó con su inaudible y lastimera voz el interlocutor: "Oiga, a mí también, y tengo treinta años mas que usted..." replicó don Francisco, que dejó en puntos suspensivos el obvio "...y no me quejo".

Hace unos cuatro o cinco años, acudió a pedido mío a visitar al padre de una amiga mía, conturbado por la inminencia de una operación semejante a las muchas que don Paco había sufrido. Con la risa cordial que tanto le agradecemos, se presentó ante aquella persona de su misma edad como un experto en esos menesteres, y le dio solidaridad y alivio en un trance difícil. ¡Cómo quisieramos poder revivir, ahora teniéndolo a él como destinatario, la calidez de aquellas sus palabras!